

Anna Stothard

El arte de decir adiós

Traducción del inglés de
Alejandro Palomas

alevosía 

Para J.

Luke apareció desnudo en la puerta del dormitorio, salvo por un calcetín arrugado que le cubría el tobillo. Tenía la incipiente barba mojada porque acababa de beber del grifo y un poco de sangre seca en el labio superior, resultado de un corte que se había hecho durante una riña en una fiesta al principio de la noche. Luke era peculiarmente dado a los accidentes y tenía cierta tendencia a quemar cosas, romper jarrones e intentar poner fin a peleas.

—¿Qué tal el labio? —preguntó Eva, descalzándose.

—Bien. —Luke se tocó el corte con la punta de la lengua. Tardaba medio segundo en desnudarse, de ahí que siempre terminara sentado en la cama como un director de circo mientras Eva ejecutaba una danza falsamente indiferente a su alrededor, inclinándose detrás de los armarios y de las puertas para evitar que la viera en los estadios menos halagadores de su desnudez. Sentía sobre su cuerpo la mirada de Luke mientras se quitaba el vestido, dejando a la vista un destello de panties de color piel antes de coger una toalla del suelo y sentarse de espaldas a él. Una polilla aturdida revoloteaba alrededor de la lámpara de la mesita de noche, arrojándose una y otra vez contra la bombilla.

El momento favorito de Eva en cualquier fiesta, incluso en las buenas, era cuando todo había terminado y por fin se quitaba los zapatos. Luke bromeaba diciendo que era la persona que había que tener cerca durante un incendio o durante un ataque terrorista, porque lo primero que hacía cuando entraba en una habitación era calibrar las salidas potenciales, preparada siempre para

la evacuación. En las fotografías, siempre miraba en la dirección equivocada, de pie a uno de los lados o en una esquina, como a punto de salir del encuadre. Luke, por el contrario, existía en cualquier espacio como si siempre hubiera estado allí y fuera a seguir allí eternamente. Era el centro de todas las fotos, siempre al frente de cualquier grupo.

A pesar de ser un hombre con la nariz grande y torcida, la mandíbula asimétrica y unos ojos grises y pequeños como los de un halcón, demasiado hundidos en el rostro, se había acostado con un notable número de mujeres. Tenía el pelo negro y enredado como una madeja de alambre, producto de cualquiera de las posturas en que hubiera dormido la noche anterior, y cuyo aspecto empeoraba ostensiblemente si intentaba cepillárselo. A los diez años le había atacado un perro en un campo cerca de la granja que su padre tenía en Devon, y habría muerto de no haber sido por un caminante que pasaba en ese momento por allí y que consiguió arrancar al animal de la cara de Luke. Aunque conservaba en el rostro marcas de cicatrices provocadas por posteriores accidentes, en su mayoría eran producto de la cirugía plástica que había sufrido a los diez años; pequeñas y pálidas costuras bajo las orejas y sobre la ceja izquierda, que en sus momentos más malos a Eva le recordaban a una máscara: Luke había sido construido, zurcido sobre sus propios huesos, y Eva se preguntaba qué aspecto habría tenido si las cosas hubieran sido distintas. Todavía conservaría una larga nariz romana y unos hombros de animal, demasiado anchos para su cuerpo. Aun así, él actuaba como si fuera el hombre más guapo de la sala. A veces, en alguna fiesta, alguna de sus exligues intentaba hacerse amiga de Eva, sonriéndole como si confabulara con ella sobre algún error de moda compartido.

—¿Cómo está Luke? —preguntaba la chica en cuestión, ladeando la cabeza elocuentemente.

Eva bostezó y se metió ebria en la cama. Luke la miró durante un instante más, estaba claro que intentando decidir si estaba demasiado borracho como para tener relaciones con ella o no. Si Eva hubiera inclinado levemente la cabeza hacia él, Luke se habría

decidido a actuar, pero ella se limitó en cambio a coger el vaso cervecero lleno de agua rancia que tenía a su lado de la cama.

—¿Apagamos las luces? —preguntó Eva, dándole la espalda.

—Claro —masculló él. La polilla transfirió su conquista de luminosidad desde la lámpara de la mesita de noche de Eva hacia la farola que estaba detrás de la cortina. La criatura revoloteó allí, en el escaso baño de falsa luz solar, y Eva se resistió al impulso de levantarse para matarla. En vez de eso se quedó mirando el perfil de Luke envuelto en sombras, preguntándose cómo lo haría para dejarle, ahora que vivían juntos.

A la mañana siguiente, Eva y Luke cruzaron en silencio Regent's Park bajo la lluvia. El cielo era gris y los árboles dibujaban un escarpado horizonte alrededor de la hierba. Algunas de las varillas metálicas del paraguas de Eva estaban rotas y la resbalosa tela de dos de los segmentos se había hundido, de modo que las gotas giraban hacia atrás sobre sus tobillos. El paraguas de golf azul marino de Luke, que él sostenía muy recto sobre su cabeza, anunciaba su bufete de abogados.

Esa mañana Eva y Luke eran las únicas personas en York Bridge que se dirigían hacia el Inner Circle de Regent's Park. Habían caminado desde el apartamento en Silver Place, atravesando la exhausta versión matinal del Soho, dejando atrás clubes de *striptease* cerrados y locales de máquinas tragaperras que apenas volvían a la vida, sorteando a compradores bajo la lluvia, hasta el bullicio de Marylebone Road. El labio partido de Luke tenía peor aspecto que cuando se había acostado la noche anterior, ahora hinchado y teñido de violeta como la boca de un niño que hubiera estado atiborrándose de arándanos. Si a eso le sumaban las cicatrices, esa mañana parecía enfermo. Se tocaba a menudo el corte con la mano que tenía libre al tiempo que cruzaban la verja del Queen Mary's Garden, con sus hileras de parterres de rosas. A pesar de ser el primer día de agosto, el frío y la lluvia tan poco propios de la época eran sinónimo de que solo unos cuan-

tos pétalos seguían todavía intactos en sus nudos de polen. Los parterres estaban etiquetados con carteles metálicos: Alquimista, Edén, Miel, Colette, Ana Bolena.

—La guerra de las Rosas —dijo Luke al ver los deteriorados parterres de flores rodeados de empapados semicírculos, y cada una de las flores ajadas por el clima.

Siguieron por el teatro al aire libre y fueron de nuevo a dar al lago. Cruzaron entonces el puente para salir a la verde extensión principal, en la que las porterías de fútbol formaban vacíos paréntesis cuadrados contra la hierba. Prácticamente no había nadie a la vista: un puñado escaso de paseantes de perros, dos niños que jugaban al fútbol un par de campos más abajo y un grupo de gente con paraguas en la lejanía. Desde donde Eva y Luke caminaban, los paraguas parecían ejecutar una danza sincronizada, inclinándose todos hacia atrás o girando a la vez. A Eva se le ocurrió que quizá fueran una de esas devotas clases de yoga o de kárate practicando bajo la lluvia, pero a medida que Luke y ella avanzaban el grupo se reveló como una banda de observadores de aves. Cada uno de los paraguas se arqueaba sobre unos prismáticos o sobre una cámara de largo objetivo, todos perfectamente inmóviles hasta que los objetivos y los prismáticos oscilaban juntos en lento unísono.

Las avecillas emergían brincando de los árboles con las gotas de lluvia, más visibles de lo que era habitual, pensó Eva, aunque quizá se debiera simplemente a que se había detenido a mirar. Eran en su mayoría cuervos de hombros encogidos y de lustroso plumaje, hoscamente posados en la maraña de ramas de los árboles. Entonces un pájaro con las alas con forma de remo salió volando de un árbol, planeando antes de volver a virar en ascendente para posarse burlón en un árbol más alto, donde resultaba más visible y menos alcanzable. La tropa de observadores giró la cabeza siguiendo el vuelo del pájaro.

—¿Qué es? ¿Un gavián? —preguntó Luke.

—Un águila dorada llamada Regina —dijo un hombre con un abrigo largo que estaba de pie en las inmediaciones—. Se ha escapado esta mañana del zoo.

Los cuervos graznaron desde los árboles más pequeños, desconfiando de la presencia de esa nueva criatura en su territorio. Los cuervos no podían mantenerse quietos y conversaban en roncocos y estridentes sonidos, como cortesanas disponiendo carruajes y miriñaques para su exótica reina nueva. Eva no sabía si las águilas comían cuervos, pero si ella hubiera sido un cuervo habría evacuado la zona de inmediato. Se acordó de todas las veces que había estado en el King Edward's Bridge mirando al Regent's Canal, flanqueada a un lado por el Snowdon Aviary y al otro por el cercado de los cerdos barbados del zoo principal. Siempre se preguntaba qué pensarían los cínicos patos, las palomas y las gaviotas urbanos de sus exóticos primos enjaulados tras los barrotes del aviario. A menudo podían verse pequeños pájaros planeando alrededor de las cumbres y los comederos del esquelético aviario, hablando o quizá burlándose de los cautivos extranjeros que habitaban dentro.

Regina siguió en lo alto del árbol, haciendo caso omiso del quejumbroso silbato del cuidador del zoo y del empapado y desinflado conejo gris empleado a modo de cebo. El hombre que nos había contado lo del zoo le ofreció sus prismáticos a Eva y ella se los acercó a los ojos —enfocando con ellos unas alas borrosas, el cielo, arrugadas hojas muertas— hasta que por fin captó una garra en una de las esquinas de la lente y ascendió por ella hasta los anchos hombros y el altivo cuerpo de Regina. El ave combinaba varios tonos de marrón, con las alas plegadas y pegadas a los hombros. Un cuello canallesco devenía un rostro elegante y casi gallardo allí arriba, en la cima del mundo, girándose de vez en cuando para observar desde las alturas un ángulo distinto. Eva vio también un pico ganchudo con una media sonrisa y unos ojos caídos coronados por unas airadas cejas emplumadas.

—Se parece a la reina Victoria cuando era anciana —dijo Eva, pasándole los prismáticos a Luke. Y cuando él la miró, la rama en la que estaba posada Regina tembló y el ave despegó de su atalaya. El observador de aves le quitó bruscamente los prismáticos a Luke, pero en un parpadeo Regina aterrizó en el centro de un campo de fútbol próximo y posó las garras en el suelo durante medio

segundo antes de volver a alzar el vuelo para aterrizar en un árbol mucho más bajo, situado al otro lado de los campos de fútbol. El guarda del zoo se encogió de hombros. Todos se volvieron para seguir a Regina con los ojos, con los prismáticos o las cámaras.

—Qué coqueta —dijo Luke, ladeando la cabeza y sonriendo. Eva miró el perfil de Luke: nariz de abrupto dibujo y mandíbula fuerte, labio partido y boca fina, en ocasiones de apariencia cruel. Aunque llevaban tres años de relación, hasta hacía unos meses él había vivido solo en Hackney. Los muebles de su apartamento habían sido totalmente blancos y eso a Eva siempre le había hecho pensar en el diorama de un diseñador de decorados del piso de soltero de un joven abogado, que completaban grabados japoneses en el dormitorio y fotografías abstractas de puentes y de barcos en el salón. A principios de mayo, sin embargo, una cañería había reventado en el apartamento de encima y Luke había aparecido en la puerta de Eva con una caja de húmedos discos de música clásica en brazos, una botella de vino tinto de reserva que su padre le había regalado por su décimo octavo cumpleaños y una maleta llena de zapatos. Cuando Luke puso sus cajas en el *hall*, Eva se había dado cuenta de que el apresurado equipaje de medianoche de su novio incluía artículos tan esenciales como el kit de limpiar zapatos y un libro de cocina de Gordon Ramsay, lo cual no le había parecido bien. Al día siguiente, Luke había hecho un segundo viaje para regresar con un enorme televisor de pantalla plana, una olla de vapor para verduras y sus grabados minimalistas japoneses que exploraban distintos tonos de «blanco». Pronto las estanterías de Eva contenían la *Práctica criminal de Blackstone*, el *Diccionario abreviado de Derecho: casos y materiales*. Si, tal como una amiga le había comentado a Eva con una sonrisa, Luke tenía pensado buscarse una nueva casa, era poco probable que hubiera dedicado una tarde entera a clasificar sus libros por orden alfabético.

Eva no fue consciente de lo mucho que trabajaba Luke hasta que se había mudado a vivir con ella. Sabía que pasaría varios días seguidos hospedado en alguno de los Holiday Inn situados junto a los Juzgados de lo Penal del Norte, comunicándose con ella a

medianoche vía Skype desde centros de negocios vacíos, pero solo llegó a ser consciente del nivel de sus compromisos cuando él se apoderó de la mesa del salón con sus papeles y se pasaba trabajando allí casi todas las noches hasta bien entrada la madrugada, escuchando a Rachmaninov y a Mozart en el viejo tocadiscos de su madre. De vez en cuando, ella simplemente se sentaba en el sofá y lo veía trabajar, fascinada por la precisión de sus movimientos, absolutamente alejados de la torpeza que mostraba su cuerpo en otros momentos. En la esquina superior derecha de la mesa Luke siempre tenía un bolígrafo rojo, un lápiz 2B de punta muy afilada, una goma y una pluma que Eva le había regalado por su vigésimo noveno cumpleaños. A Luke le gustaban los pósits, pero solo la variedad amarilla de tamaño tradicional, que llenaba con su caligrafía ilegible y pegaba después delicadamente sobre las páginas mecanografiadas antes de colocar el montón de hojas en vertical y golpear con suavidad los bordes dispares, hundiendo cualquier hoja rezagada con su enorme pulgar. El tranquilo apartamento de Eva se convirtió de pronto en un ir y venir de mensajeros que aparecían a las cinco o a las seis de la mañana con informes que Luke tenía que leer antes del trabajo mientras los colegas y los administrativos le llamaban a todas horas.

Una tarde, semanas después de que Luke se hubiera instalado en su casa, Eva recogió varias cartas del banco y menús de comida para llevar del felpudo de Silver Place y vio una sencilla postal blanca que asomaba entre los cupones y la propaganda multicolor. La postal iba dirigida a Luke y estaba escrita con pulcras mayúsculas, de modo que Eva le dio la vuelta sin demasiado interés. Al dorso había una cita, escrita con la misma letra cuidada que la de la dirección: «Cubre su rostro; mis ojos deslumbra. Murió joven». John Webster». Eva se detuvo en el descansillo. Leyó la nota unas cuantas veces más en las escaleras y volvió a leerla en el apartamento, dándole la vuelta y pasando los dedos por los afilados bordes de la postal y después por las profundas hendiduras dejadas por la tinta. Horas más tarde, esa misma noche, cuando le puso a Luke la postal delante, él se limitó a encogerse de hombros. Al parecer, todos los que trabajaban en su bufete habían

estado recibiendo postales amenazadoras, con citas y oscuras intimidaciones, desde que defendieron y lograron la absolución de un médico que había realizado abortos en estado muy avanzado de gestación. Luke tomó un sorbo de su copa de vino y encendió el horno para la cena al tiempo que mascullaba que cabrear a la gente era inherente a su trabajo. Eva arqueó una ceja, perpleja, y sumó la reacción de Luke a una lista de curiosidades que caracterizaban a ese intruso que tenía en su apartamento, una lista que incluía presentaciones de casos a todo volumen en la ducha y la lectura de libros de texto de Derecho con una leve sonrisa en el rostro mientras esperaba a que hirviera el agua o cuando estaba al teléfono, aguardando a que la agente de turno del Servicio de Atención al Cliente le atendiera.

A Eva jamás se le había pasado por la cabeza que él tuviera el menor deseo de instalarse en su caótico apartamento del Soho. El 4D de Silver Place había pertenecido a la abuela de Eva, que había muerto de un infarto cuando ella tenía dieciocho años, dejándose en herencia. Ocupaba los dos pisos superiores del edificio y constaba de un pequeño recibidor y una lavadora en el piso inferior y cinco habitaciones abigarradas con papel manchado de humo de cigarrillo en el superior: dos pequeñas habitaciones, un salón, una cocina y un baño, ninguna de las cuales había sido redecorada desde hacía siglos. Seguían abarrotadas de alfombras de los años setenta y de muebles de tapicería andrajosa. El salón y el dormitorio principal disponían de ventanas que daban directamente al edificio de ladrillo gris de enfrente, situado a apenas cinco metros, en la otra acera del minúsculo callejón del Soho salpicado de farolas de globo, con sus cestas colgantes de hiedra medio muerta. En el apartamento nunca se hacía la oscuridad del todo, porque esas farolas estaban encendidas veinticuatro horas al día, junto con los trazos parpadeantes del neón procedentes de un bar cercano. Comparado con otros callejones del Soho, Silver Place era tranquilo. Estaba a tan solo unas calles de Walker's Court, donde se congregaban los cines X y las chicas con faldas de cuero que ocupaban ambos extremos regateaban el precio de las mamadas, pero Silver Place albergaba dos empresas de comunica-

ción, una librería de segunda mano, un café, un bar llamado The Pink Angel y una peluquería.

Durante siete años Eva había alquilado la habitación de invitados de Silver Place y todos sus inquilinos habían dejado algo propio en el pasillo o en los armarios. Había zapatos y tubos de pintura, montones de papeles, bolsas de plástico llenas de cables enmarañados y discos con copias de seguridad de documentos potencialmente cruciales. La abuela de Eva sentía una especial predilección por todo lo que tuviera que ver con magos o ilusionistas, de ahí que el apartamento estuviera salpicado de postales de actuaciones de poca monta, diapositivas de números de magia, guías de uso para ilusionistas aficionados y naipes supuestamente firmados por magos de los que nadie, salvo la abuela de Eva, había oído hablar. Un cartel *vintage* de una función de 1904 protagonizada por el propio Harry Houdini había ocupado un lugar de privilegio en el recibidor, pero cuando Luke se instaló en el apartamento convenció a Eva para que lo colgara en el cuarto de baño: «La sensación que eclipsa a Europa, el artista mundial del escapismo y rey de las esposas», proclamaba el cartel en estridente rosa y amarillo colocado encima del retrete. «Nada en el mundo puede retener prisionero a Houdini». Ahora los grabados japoneses que exploraban los diferentes tonos de «blanco» colgaban incongruentemente en el recibidor. Ese mundo caótico no era el hábitat natural de un abogado dueño de dos jerséis de cachemir, que doblaba sus bóxers y metía hormas en sus zapatos durante la noche, y sin embargo ahí estaba, con Eva en Silver Place, tres meses después de haber empezado a convivir y sumando.

Bajo la llovizna del sábado por la mañana, Luke y Eva caminaban un poco por detrás de los guardas del zoo, que recogieron su conejo muerto y siguieron al águila huida hacia su nueva rama. Eva deseó que el pájaro doblara las arrugadas rodillas y alzara el vuelo de nuevo para alejarse de allí. Un cuervo pasó por encima de la cabeza de Eva, desde un pequeño árbol a otro, y ella dio un brinco. Los ojos de Luke no se apartaron en ningún momento de Regina en la distancia mientras seguían a los guardas. Al llegar a las lindes del parque, había más gente resguardada bajo sus para-

guas y con la mirada fija en la lejanía. Eva se secó el agua de lluvia de la cara y de pronto el Nurofen que se había tomado esa mañana dejó de hacer efecto. Todos miraban con aire sombrío al cielo. La multitud parecía haberse expandido —al menos veinte abrigos mojados habían aparecido: veinte semicírculos de paraguas sobre veinte hombros encogidos—, pero Eva podría haber jurado que Regina la miraba directamente a ella.

—No sobrevivirá en estado salvaje —comentó alguien cerca—. Pronto empezará a atacar a los perros.

—Regent's Park no tiene mucho de salvaje —dijo Luke.

—En cualquier caso morirá —replicó el hombre—. Es un ave de zoo.

—Antes estuvo a punto de lanzarse sobre un caniche —intervino una mujer de mediana edad, chasqueando la lengua.

—Estaban limpiándole la jaula. Supongo que estaba harta del zoo —especuló otro—. Lógico.

Luke se tocó la boca y se estremeció, como si por un momento se hubiera olvidado de su rostro y de pronto se hubiera acordado de la herida que tenía en el labio superior hinchado. Sacó la lengua y se tocó con la punta la piel rota, dejando a la vista la lechosa cara inferior de la lengua. Eva se acordó de cómo, a principios de su relación, él había intentado sin éxito enseñarle a tocarse la nariz con ella.